

EL MAPUCHE *VIOLENTISTA*

Javier Clériga Morales

PRESENTACIÓN

En las primeras semanas de 2017 Chile sufrió una emergencia nacional: miles de hectáreas de bosques ardieron. El problema fue tan grande, que varios países enviaron su ayuda solidaria: aviones, tanques, bomberos, rescatistas, entre otros. En ese contexto, en diversos medios de comunicación comerciales se dijo que los incendios habían sido provocados. Cecilia Parham Mucarquer, alcaldesa de la comuna San Javier de Loncomilla en la región del Maule, e integrante del partido político Renovación Nacional (quien apoya al derechista Sebastián Piñera para ser el próximo presidente de Chile) tuiteó:

Ya está confirmado que todos los incendios forestales son un atentado terrorista por parte de nuestros Mapuches¹ liderados por ex miembros de la FARC, colombianos, miembros de Isis, venezolanos, franceses y españoles ex ETA, la inteligencia militar de los EEUU avisó de esto

¹ Mapuche significa “gente de la tierra” en mapudungún, su lengua, por lo que referirse a ellos como “mapuches” es un pleonasma. Por tanto, en este trabajo se emplea la palabra en singular, a menos que el plural haya sido usado por alguien más en alguna cita textual.

a nuestro gobierno hace 4 meses y no hicieron caso!!! La operación se llama “Tormenta de fuego”. Han ingresado 570 terroristas a nuestro país. Vamos de mal en peor!!²

Personajes del mundo empresarial, políticos de derecha y hasta un exjefe de la Armada, el almirante Jorge Arancibia, salieron a defender a quienes difundían estas noticias falsas. Incluso reclamaron por qué el Ministerio Público no iniciaba las indagaciones respectivas. Como opina el periodista Hugo Guzmán en *El Siglo*: “nadie de la derecha hizo alusión a las falsas informaciones, generación de alarma pública, insultos, distorsiones en las redes sociales, agresiones gratuitas a mapuches, acusaciones falsas”.³ La desinformación y tergiversación con fines políticos decía algo claro: los autores de la tragedia nacional eran los “violentistas”, los mapuche. Pero, ¿qué significa ser “violentista”?

La palabra “violentista” se inventó y usó por primera vez en Chile y fue en el diario *La Segunda* en 1970 cuando se consolidó en un artículo titulado “Violentismo y revolución”, publicado por *El Mercurio* el 12 de febrero del mismo año. En aquellos años se identificaban sólo dos tipos de violencia política, la guerrilla y el terrorismo; pero para diferenciar otras formas de acción política como tomas de predios, instalación de barricadas, ataques incendiarios, entre otras, se empleó el término “violentismo”.⁴ Para *El Mercurio*, esta violencia política significa el uso de la fuerza “en contra de

² Una revisión de las redes sociales dio con el mensaje del general en retiro del Ejército, Aldo Cardinali, en Twitter: “Inteligencia EE.UU., hace 4 meses alertó al Gobierno de Chile que CAM, FARC, ISIS, ETA, Venezolanos, Franceses y Españoles preparaban ataques”. En <http://www.elsiglo.cl/2017/02/09/la-derecha-avivando-el-fuego/>.

³ Hugo Guzmán, “La derecha avivando el fuego”, en *El Siglo*, 9 de febrero, 2017.

⁴ Véase la entrada “violentismo” en el diccionario de Alfredo Joignant, Francisco Javier Díaz y Patricio Navia, *Diccionario de la política chilena. Momios, upelientos, operadores y encapuchados: lugares comunes, lugares sociales y cocina política*, Santiago de Chile, Sudamericana, 2011.

personas o de cosas con el fin de expresar una queja o imponer una concepción social o política”.⁵

Los medios de comunicación comerciales han popularizado dicho concepto y lo usan para describir un estado de violencia permanente y, sobre todo, para señalar a los actores y partidarios de la violencia.⁶ Lo hacen cuando se refieren a los grupos o personas que ponen barricadas, se enfrentan con la policía o dañan la propiedad pública o privada, es decir, los anarquistas y, sobre todo, los mapuche movilizadas. Con ello, han construido simbólicamente a los mapuche como enemigos de la sociedad, con el objetivo de legitimar un régimen económico y de gobierno, a través del combate a enemigos construidos discursivamente por los medios de comunicación comerciales. A lo largo de mi estancia de investigación en Chile, entre agosto de 2015 y febrero de 2016, pude observar dicho proceso.⁷

En un viaje a Bolivia, en el bus me senté junto a una chilena con quien conversé. Al preguntarme qué hacía yo viviendo en Chile, le comenté que estaba trabajando sobre el movimiento mapuche y sus formas de comunicarse. Ella, sin pensarlo siquiera, me dijo: “Cuidado con los mapuche, son personas ‘violentistas’ y sectarias. No aceptan que los no mapuche se acerquen a ellos e incluso pueden agarrarte a palos”.

Su discurso era similar al que pudimos leer y escuchar en los medios comerciales de comunicación. Me comentó que ella trabajaba en una empresa forestal, por lo que su sentimiento hacia el movimiento autonomista era de esperarse: “me da mucho miedo que los mapuche me maten en mi trabajo. El Estado debe tener mano dura con ellos”, agregó. Éste y otros ejemplos me hicieron

⁵ “Violentismo y revolución”, en *El Mercurio*, 12 de febrero, 1970.

⁶ Pedro Lira Urquieta, *Estudios sobre vocabulario*, Santiago de Chile, Andrés Bello, 1973, p. 100.

⁷ Investigación financiada por Conacyt para la maestría en Estudios Latinoamericanos-UNAM.

ver que el estigma hacia los mapuche es muy grande, sobre todo porque la mayoría de chilenos ni siquiera se atreve a escuchar la otredad con la que conviven diariamente. Este texto expone las causas y acciones del movimiento mapuche; y explica cómo se les ha construido simbólicamente como enemigos de la sociedad con base en la estigmatización y criminalización.

MOVIMIENTO MAPUCHE AUTONOMISTA EN CHILE: CAUSAS Y ACCIONES

El 1° de diciembre de 1997, Lumaco, una comuna de la provincia de Malleco en la región de la Araucanía, amaneció bajo el humo de tres camiones incendiados por comuneros mapuche. La mecha que encendió el descontento fue un diálogo racista entre los policías que los enfureció. Cerca de treinta de ellos salieron con piedras y palos y se cruzaron con la caravana de camiones. Colocaron rocas para detenerlos, y lograron paralizar a tres de ellos.

Alguien sacó un encendedor y entre todos echaron la chamiza adentro de los camiones y la encendieron. En cosa de minutos, dos de los tres camiones se habían consumido en el fuego, escribiéndose una nueva página en la historia y clavando un importante golpe de hacha al fin de la colonización del pueblo mapuche.⁸

Los camiones pertenecían a la empresa forestal Bosques Arauco que ocupa tierras que los mapuche reivindican como suyas.

El titular del principal diario de La Araucanía, *El Austral*, puntualizaba “¡Son terroristas! Estrategia subversiva en Lumaco”. *El Mercurio* habló de un nuevo Chiapas en la región, mientras que *La Tercera* se preguntaba: “¿Chiapas chileno?”. El gobierno también reaccionaría con fuertes declaraciones, considerando la protesta

⁸ Héctor Llaitul y Jorge Arrate, *Weichan, conversaciones con un weychafe en la prisión política*, Santiago de Chile, Ceibo Ediciones, 2012, pp. 131 y 132.

como una acción subversiva infiltrada por agentes guerrilleros extranjeros. Tiempo después se anunció la formación de la Coordinadora de comunidades mapuche en conflicto Arauco-Malleco (CAM), organización que es considerada como la más radical del movimiento autonomista.

¿Y por qué Lumaco? Los conflictos han sido intensos en las provincias afectadas más profundamente por el modelo neoliberal. Éstas son Arauco (en Bío Bío) y Malleco (en La Araucanía), en el sur de Chile. Esta zona es el paradigma de la ocupación territorial por parte del invasor, al que llaman *winka*,⁹ pues casi 60 % de la tierra cultivable está en manos de empresas forestales, afectando y alterando el entorno natural y la vida comunitaria indígena. Por ello, ahí se inició un nuevo ciclo de movilizaciones que desembocó en lo que los medios y el Estado denominan “conflicto mapuche”, para desprestigiarlo.

El movimiento mapuche tiene largo tiempo recorrido, ha atravesado diversas etapas, demandas, formas de organización y repertorio de acciones, así como una multiplicidad de expresiones y estrategias diversas. La revaloración de su identidad y la defensa de su territorio han llevado a la radicalización de algunas organizaciones mapuche que consideran que la inversión capitalista pone a su pueblo en peligro de desaparición. La desposesión está provocando amplia resistencia y genera una forma de acción que

⁹ Esta palabra mapuche hoy se refiere a las personas “extranjeras”, “chilenos-argentinos” o “no mapuche”. De acuerdo con E. Wilhelm de Moesbach, “tendría su origen etimológico en la voz que los mapuches utilizaban para referirse a los incas (*pu inka* ‘los incas’), contraído y generalizado en *huinca*”, a quienes consideraban invasores. Véase Francisco Albizú Labbé, “Nombrar al Otro”, en *Babel*, núm. 13, 2006, pp. 161-192. No obstante, su origen estuvo asociado a la palabra *winkijfe*, que significa asaltante o ladrón. Podemos entender su uso actual como “los extranjeros invasores, no mapuche, que roban”, en alusión a quienes llegan a usurpar su territorio. Sobre ello puede consultarse el artículo de Elba Soto, “Mapuzungun y los procesos de colonización”, en *Revista Universum*, Talca, vol. 1, núm. 29, 2014, pp. 57-83.

llega a ser violenta por parte de algunas organizaciones mapuche: “impulsamos una lucha real contra el latifundista y las forestales, contra la lógica capitalista y en esa lucha, sabemos que tendremos heridos, presos y muertos”, reconoce la CAM.¹⁰

Para entender su actuar, debemos tener en cuenta que en *Wallmapu*, territorio mapuche, hay muchos recursos naturales que el capitalismo reclama.¹¹ En respuesta, el Estado ha impulsado estrategias que pretenden “contener, restringir y finalmente reprimir las demandas mapuche que al oponerse al avance de megaproyectos y plantaciones forestales en tierras mapuche cuestionan el modelo de libre mercado y las prerrogativas de los grandes consorcios empresariales para desarrollar sus proyectos”.¹²

Con más de 3 000 comunidades y cerca de 200 organizaciones, las demandas y prioridades de los mapuche son muy diversas. Algunas continúan enfocadas en temas tales como el desarrollo indígena, microempresas y acceso a la salud y educación, entre otros servicios sociales. Otras organizaciones se concentran en la cuestión del territorio, la autodeterminación y la autonomía (e incluso liberación nacional mapuche), lo cual conlleva que cada una de ellas las reclame y se movilice de forma diferente: algunas acciones son aceptadas, otras repudiadas.

A partir de 1995, el movimiento mapuche rechazó la política indígena gubernamental por dos razones principales. La primera,

¹⁰ CAM, “El Pensamiento Emancipatorio de la Coordinadora de comunidades mapuche en conflicto. Una estrategia de liberación nacional mapuche”, en Weftun el 17 de junio, 2013. En <https://www.weftun.org/ANALISIS/proyectopolitico.html>.

¹¹ Entre los megaproyectos que se están impulsando en *Wallmapu* tenemos presas hidroeléctricas, fábricas de celulosa, ductos de desechos que pasan por comunidades, empresas forestales, basureros, minería y afectaciones a la pesca, entre otros. Alfredo Seguel, del colectivo informativo *Mapuexpress*, nos comentó en una conversación que a fines de 2015 había, sólo en La Araucanía, cerca de 40 proyectos hidroeléctricos.

¹² Martín Correa y Eduardo Mella, *Las razones del illkun/enojo. Memoria, despojo y criminalización en el territorio mapuche de Malleco*, Santiago de Chile, LOM, 2010, p. 231.

es que se dieron cuenta que el Estado es impulsor del modelo económico que les afecta; y la segunda, es que la legislación indígena no servía para proteger sus recursos naturales y sus derechos culturales. Esta idea empezó a ser entendida y extendida por diferentes sectores y comunidades mapuche, los cuales percibieron que la política indígena era “una farsa. Y peor aún, han comenzado a entender que esa política sólo busca ofrecer pequeños paliativos para mantener a la población mapuche quieta”.¹³

Las contradicciones entre las promesas del gobierno hacia los mapuche y su dedicación a impulsar el desarrollo neoliberal fueron un factor significativo en la radicalización del movimiento. Pero, sobre todo, la aparición de la CAM contribuyó a la radicalización política y a la intensificación de las acciones rupturistas del sector más autónomo del movimiento mapuche. La CAM, además, desarrolló un programa político denominado proceso de “Liberación Nacional Mapuche”. Éste se caracterizó por la resistencia y sabotaje al capital, el control territorial y el rescate de la identidad mapuche. Asimismo, reivindicaron públicamente los *chem* o actos de violencia política como la quema de maquinarias, camiones y bodegas, para diferenciarlos de las ocupaciones de predios, movilizaciones pacíficas o marchas.¹⁴

La CAM fue la primera organización que reivindicó el uso de la violencia y la justificó con base en argumentos políticos. Su disertación tiene como perspectiva la de un pueblo violentamente ocupado, despojado y oprimido históricamente. Por tanto, consideran que tienen derecho a la rebelión, lo cual ha provocado simpatía en diferentes sectores de la sociedad mapuche y chilena, pero también rechazo. De acuerdo con Tricot, es posible hablar

¹³ José A. Mariman, “Lumaco y el Movimiento Mapuche”, en Ñuke Mapu, 14 de marzo, 1998. En <http://www.mapuche.info/mapuint/Lumako00.htm>.

¹⁴ CAM, “La práctica política del proyecto de Liberación Nacional Mapuche. Estrategia y táctica de la CAM”, junio de 2013. En <https://www.weftun.org/analisis/proyectopolitico2.html>.

de un movimiento mapuche autonomista, puesto que ha logrado posicionar temas, elaborar demandas, implementar acciones y articular una narrativa distinta a las precedentes.¹⁵ Además, ha podido interrelacionar elementos culturales, territoriales, identitarios y políticos, con objeto de lograr un cambio cualitativo en la relación con el Estado, sustentado en una demanda por autonomía y autodeterminación. Con la aparición de la CAM se constituyó un nuevo periodo de resistencia mapuche en el que se asume una estrategia de confrontación directa.¹⁶ Alfredo Seguel, del colectivo informativo MAPUEXPRESS, explica que no se intenta “señalar la inexistencia de actos violentos por parte de ciertos sectores que reivindican derechos o establecen mecanismos de protestas frente a lo que se denomina injusto, se intenta contextualizar un cuadro de violencia estructural que es negado, que tiene diversos matices y que no es posible ocultar”.¹⁷

El movimiento mapuche ha utilizado un abanico de estrategias como instrumento de protesta, lo que generó divergencias entre las organizaciones que lo componen. El Estado percibe esta división, y ante las acciones consideradas como violentas responde con un agresivo proceso de desarticulación, contención, de contrainsurgencia social, mediática y represiva. Esto condujo a la contracción y al debilitamiento de la movilización mapuche. La acción del Estado se ha caracterizado por el uso de la violencia simbólica y legal, privilegiando el combate contra aquello “que pudiera afectar

¹⁵ Tito Tricot, *Autonomía. El movimiento Mapuche de resistencia*, Santiago de Chile, Ceibo Ediciones, 2013.

¹⁶ Anja Habersang y Pamela Ydígoras señalan que en 2009 hubo cerca de 100 ataques, mientras que en 2012 el número aumentó a 176. No obstante, algunas de las acciones que se han registrado han sido atribuidas a grupos anarquistas o a autoatentados de las forestales y de particulares, por lo que no es posible determinar con exactitud el número de ataques realizados por organizaciones mapuche. En *El activismo internacional mapuche*, Santiago de Chile, Ceibo Ediciones, 2015.

¹⁷ Alfredo Seguel, “La violencia estructural en la Región de la Araucanía”, en *Ñuke Mapu*, 20 de mayo, 2015.

la inversión privada y por tanto la estabilidad del país, de ahí el argumento del resguardo de la seguridad pública y jurídica y de amenaza del estado de derecho”.¹⁸ Esta guerra contra los mapuche permite, con palabras tomadas de Umberto Eco, que los chilenos “se reconozcan como ‘nación’; sin el contrapeso de la guerra, un gobierno no podría establecer ni siquiera la esfera de su misma legitimidad; sólo la guerra asegura el equilibrio entre las clases y permite colocar y explotar a los elementos antisociales”.¹⁹

ESTIGMATIZACIÓN Y CRIMINALIZACIÓN

A fines del siglo XX, el Estado chileno se encontró con una de las protestas más importantes que colocó la cuestión mapuche en la agenda política nacional. El gobierno de la Concertación quiso hacer ver a la opinión pública, que las reivindicaciones indígenas eran simplemente económicas y culturales y no políticas; pero no habían previsto el fuerte cuestionamiento al sistema neoliberal y mucho menos a la legitimidad del Estado.

Los mapuche atentaron contra la maquinaria de las empresas que se insertan en su territorio e hicieron recuperaciones *de facto* de las tierras ocupadas. Ante ello, el presidente de la Confederación de la Producción y del Comercio, Walter Riesco, señaló que las ocupaciones de tierras atentaban “en particular contra el derecho de propiedad” privada, baluarte del modelo neoliberal impuesto en Chile desde la dictadura militar (1973-1990).²⁰

Los conflictos en *Wallmapu*, que involucran al menos las regiones VIII (Bío Bío), IX (La Araucanía), X (Los Lagos) y XIV (Los Ríos), han provocado alarma en parte de la sociedad chilena. La

¹⁸ Nancy Yáñez y José Aylwin [eds.], *El gobierno de Lagos, los pueblos indígenas y el nuevo trato. Las paradojas de la democracia chilena*, Santiago de Chile, LOM/Observatorio de los Derechos de los Pueblos Indígenas, 2007, p. 77.

¹⁹ Umberto Eco, *Construir al enemigo*, E-Book, Debate, 2013, p. 22.

²⁰ “Mapuche reclaman 60 mil ha forestales”, en *El Mercurio*, 25 de abril, 1998.

prensa y los medios comerciales lo han tratado con un lenguaje que pareciera de guerra, se habla de un “Estado amenazado” y exhortan a aplicar la Ley de Seguridad Interior del Estado o la Ley Antiterrorista.²¹ Todo ello en alusión a unos cuantos ataques incendiarios contra recursos materiales que, además, están asegurados.

De acuerdo con Umberto Eco, “tener un enemigo es importante no sólo para definir nuestra identidad, sino también para procurarnos un obstáculo respecto al cual medir nuestro sistema de valores y mostrar, al encararlo, nuestro valor. Por lo tanto, cuando el enemigo no existe, es preciso construirlo”.²² El Estado y el capital poseen herramientas como los medios de comunicación que coadyuvan a que sea difundida extensamente un tipo de visión y se homogenicen patrones de pensamiento en el imaginario colectivo:

El imaginario social es la concepción colectiva que hace posibles las prácticas comunes y un sentimiento ampliamente compartido de legitimidad [...] Esta clase de entendimiento es a un tiempo fáctico y normativo; es decir, tenemos una idea de cómo funcionan las cosas normalmente, que resulta inseparable de la idea que tenemos de cómo deben funcionar y del tipo de desviaciones que invalidarían la práctica.²³

Los grupos que controlan los medios de comunicación deciden qué imaginarios colectivos construir y difundir, qué sucesos merecen ser recordados y cuáles son omitidos de la esfera pública. Además, disponen qué tipo de mensajes y discursos deben ser transmitidos, con el objeto de legitimar, justificar y validar ciertas acciones de poder o de tergiversar, estigmatizar o menospreciar las de los

²¹ Ley 12 927. En <https://www.leychile.cl/Navegar?idNorma=27292> y Ley 18,314. En <https://www.leychile.cl/Navegar?idNorma=29731>.

²² Eco, *op. cit.*, p. 5.

²³ Charles Taylor, “Capítulo 2: ¿Qué es un ‘imaginario social?’”, en *Imaginarios sociales modernos*, Barcelona, Paidós Ibérica, 2006, pp. 37 y 38.

opositores. En Chile, los medios de comunicación comercial han desempeñado este importante papel para infundir la noción de legitimidad o de descrédito en los conflictos con los mapuche. La periodista y académica de la Universidad de la Frontera de Temuco, Sandra López Dietz, nos comentó, en noviembre de 2015, que

los medios son una construcción del poder global que permite crear las condiciones para imponer la violencia, una legitimación previa como discurso, que es un concepto funcional a las actuales formas de organización de acumulación y concentración del neoliberalismo. Los medios son parte del aparato de consolidación de la hegemonía neoliberal.

A través de estos medios se empezaron a difundir nociones relacionadas con la no representatividad del movimiento, con la afirmación de que sus integrantes eran simples delincuentes que tenían vínculos con extremistas extranjeros, que eran subversivos y, sobre todo, “violentistas” o “terroristas”. “La prensa [...] continúa en las manos de los poderosos, y [...] manipula ideológicamente las noticias creando un imaginario del mapuche ‘terrorista’ y contrario a los intereses superiores de La Nación, preparando el camino para legitimar el actuar represivo que vendrá después”.²⁴

La falacia del mapuche “violentista” (ahora también terrorista) se constituye en una estrategia política funcional al sistema económico, “se desplaza la imagen del enemigo de un objeto humano a una fuerza natural o social que de alguna forma nos amenaza y que debe ser doblegada”.²⁵ Por ello, el Estado, los empresarios y los medios de comunicación comerciales han impulsado campañas de desprestigio hacia el movimiento y sus integrantes. En este sentido, Seguel hace imaginarnos una persona que “luego de su trabajo diario llega a su hogar, enciende el televisor y observa y atiende la terminología e imágenes sobre: incendios, terrorismos, violencia,

²⁴ Correa y Mella, *op. cit.*, p. 216.

²⁵ Eco, *op. cit.*, p. 21.

mapuches y brigadistas forestales muertos, logrando así propósitos de construcción de una realidad”. La mayoría de campañas logran su objetivo, pues no hay tiempo para contrastar esa información, “siendo parte de las intenciones de imponer una sesgada verdad bajo visiones del terror y el pavor”.²⁶

Héctor Llaitul, vocero de la CAM, me explicó en una conversación que sostuvimos en enero de 2016, que el Estado, “con su discurso oficial y los medios de prensa a su servicio”, ha instalado en el imaginario colectivo chileno, la idea de que el movimiento mapuche sólo hace resistencia de forma violenta. Es por ello que “también se ha dado la criminalización, presentándonos como delincuentes, ‘violentistas’ y terroristas”. Estas campañas de desprestigio y estigmatización generan que en parte de la sociedad chilena el mapuche sea visto como un enemigo violento y, por lo tanto, como un potencial problema que debe ser contenido de cualquier forma. Es la pauta para la criminalización posterior, ya que presentar a la otredad como una persona “violentista” que genera un conflicto de manera inexplicable y unilateral, crea en la opinión pública la imagen repulsiva del “loco, del primitivo, del delincuente y del terrorista, por tanto, enemigos del estado de derecho, la paz social, la civilización y el progreso”.²⁷

Los medios de comunicación comercial han sido esenciales en la construcción del imaginario colectivo chileno, maximizando algunos hechos de violencia. Tampoco han buscado comprender las acciones mapuche en su propio contexto histórico, político y de memoria colectiva e identitaria. Es por ello que la denominación de “violentista” aflora para hacer una distinción entre el mapuche bueno y el malo. James Scott nos explica:

El poder de llamar rosa a una col y de hacer que se acepte en la esfera pública implica el poder de hacer exactamente lo contrario, estigma-

²⁶ Seguel, *op. cit.*

²⁷ Jaime Luis Huenún, citado en Fernando Pairicán Padilla, *Malon. La rebelión del movimiento mapuche 1990-2013*, Santiago de Chile, Pehuén, 2014, p. 16.

tizar las actividades o las personas que parecen cuestionar la realidad oficial. Esa estigmatización sigue ciertos patrones, a los rebeldes o revolucionarios se les llama bandidos, criminales, delincuentes. Con el fin de desviar la atención de sus exigencias políticas.²⁸

La Ley Antiterrorista de 1984 ha sido aplicada a dirigentes, activistas y autoridades mapuche, bajo cargos como incendio, robo, lesiones graves, daños, desórdenes calificados, usurpación, amenazas, tumulto y asociación ilícita terrorista, pese a no contar con pruebas de los delitos imputados o volviendo a juzgar a los acusados por el mismo delito.²⁹ ¿Cómo se llegó a esto? Es posible advertir que las noticias y los discursos que transmiten los medios comerciales se centran en las acciones violentas. Estas campañas mediáticas han surtido efecto, generando estigmas, prejuicios y discriminación en contra de este grupo indígena. Estas actitudes racistas se reflejan en el deseo de desaparecer al mapuche malo del imaginario social y político. Ahí está la clave. Para Andrés Santa Cruz, vicepresidente de la Sociedad Nacional de Agricultura, los mapuche son “delincuentes-terroristas” y como son “chilenos de origen mapuche”, debían atenerse “a las ¡leyes chilenas! Ahora, si no les gusta, entonces váyanse”. Incluso se escuchó a servidores públicos decir: “¡Mataremos a todos los indios!”³⁰

En los medios de comunicación, la dicotomía entre el mapuche bueno y el malo era tan fuerte que se publicaron artículos que exal-

²⁸ James C. Scott, *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos*, México, Era, 2011, p. 81.

²⁹ Salvo una excepción, sólo a los mapuche se les ha procesado bajo la Ley Antiterrorista. Adicionalmente, sobre la violencia del Estado, los datos muestran que, a fines de 2016, habían muerto 15 mapuche relacionados con el movimiento, además de los múltiples allanamientos a las comunidades, controles de identidad y los presos políticos. Véase “Joven mapuche baleado: símbolo de la represión del Estado”, en *El Mostrador*, 26 de diciembre, 2016. Asimismo, en junio de 2017 fueron asesinados dos mapuche más en una acción de recuperación territorial por parte de un exagente de Carabineros.

³⁰ Véase Padilla, *op. cit.*, pp. 245 y 248.

taban esta diferencia, como el titulado “Los otros mapuches”.³¹ En la parte superior de la publicación aparece un resumen que indica, entre otras cosas, lo siguiente: “Estos no gritan, no marchan, no atacan con boleadoras, no incendian ni ocupan fundos. Ellos son tranquilos y trabajadores. Viven detrás del aeropuerto de Temuco [...] envían sus productos, de la más alta calidad, a Inglaterra. ¡Qué ejemplo!”, presentar de esta forma a los “mapuche buenos”, sirve para reforzar la idea de que existen los “malos”. Los discursos excluyentes y sectarios de algunas autoridades involucradas en el conflicto son muchas veces replicados por medios comerciales, como *La Tercera* que citó al subsecretario del Interior, Jorge Correa Sutil, quien dijo, “enfrentará de modo decidido y radical las actitudes de un puñado de cobardes que promueven acciones violentas”.³² Con ello, abonan en la construcción de un imaginario que ve a los mapuche como “violentistas” y enemigos.

Hoy, todo acto de protesta mapuche puede ser visto como un potencial riesgo para la nación chilena, “levantándose una construcción histórica de censura social que identifica al mapuche como una amenaza a la unidad del Estado”.³³ El fondo del problema es la concentración en pocas manos de los medios de comunicación en Chile. Sergio Millaman me explicó en una conversación que sostuvimos en diciembre de 2015, que “en Chile, unos pocos deciden cómo opinan y cómo piensan muchos. El 80 por ciento de los diarios impresos pertenece a dos empresas”. Alfredo Seguel ha documentado los vínculos políticos y económicos entre los propietarios de empresas madereras y los principales medios de comunicación. Estos enlaces son importantes porque explican el manejo comunicacional del conflicto.

³¹ En <http://www.mapuche.info/news02/merc010404b.html>.

³² “La década indómita”, 3 de marzo, 2002 y “Sospechan de infiltrados en incidentes en Alto Biobío”, 6 de marzo, 2002.

³³ Correa y Mella, *op. cit.*, p. 235. Sin embargo, los medios comerciales guardan silencio ante las investigaciones sobre la tesis de autoatentados por parte de los empresarios en *Wallmapu*, pero que fueron atribuidas a la resistencia mapuche.

LA DESESPERANZA

Ulrich Beck indica que la activación del miedo en la construcción del Otro como enemigo y amenaza, siempre ha constituido una fuente primordial de autoridad. Así, en circunstancias en las que la sociedad civil desconfía de las instituciones, las imágenes del enemigo que los medios de comunicación configuran, se tornan en un elemento importante para la integración social y para el consenso.³⁴ En el caso que nos ocupa, este consenso social puede ir hacia uno u otro extremo, es decir, rechazando o apoyando la movilización mapuche y sus acciones.

Para el caso mapuche, la violencia material y simbólica es lo que ha llevado a los conflictos más extremos. La discriminación institucional y la cotidiana, el despojo del territorio y de los recursos naturales, el privilegio de desarrollo nacional sobre derechos indígenas, la estigmatización, la represión y la criminalización han provocado las disputas más intensas para Chile y para *Wallmapu*. Stavenhagen apunta:

Si se considera al ajeno como inherentemente peligroso; si se rechaza, se teme, se desprecia, se excluye, se sataniza o se deshumaniza al “Otro”; o, por el contrario, si el grupo que se considera ‘nosotros’ se siente amenazado, siente su supervivencia en riesgo y su existencia como grupo debilitada por el “Otro”, entonces existen condiciones para que se dé el conflicto.³⁵

Esta confusión sobre el “otro” o el “diferente”, relacionándolo con el enemigo no beneficia la aceptación de las reivindicaciones mapuche entre los *winkas*. Pero el pueblo mapuche, si bien no en general, también ha considerado a los *winkas* como actores que

³⁴ Ulrich Beck, *La democracia y sus enemigos, Textos escogidos*, Barcelona, Paidós, 2000.

³⁵ Rodolfo Stavenhagen, *Conflictos étnicos y Estado Nación*, México, Siglo XXI/CEIICH-UNAM, 1996, p. 30.

se oponen a su pervivencia como pueblo e incluso los ha tomado como enemigos en determinadas circunstancias. En ocasiones, pareciera que son enemigos mutuos, esto dificulta la convivencia y el diálogo con la otredad.

Esto ha generado rechazos y, en la cotidianidad de *Wallmapu*, muchos *winkas* se han alejado, temerosos, de los mapuche en general, no sólo de quienes participan en el movimiento o en acciones colectivas. Y desde los propios mapuche se critica un esencialismo que enfatiza la mapuchidad por encima de la chilenedad. Pareciera que el otro discriminado se convierte en el otro discriminador. Incluso, hay sectores del movimiento mapuche que parecieran utilizar un “mapuchómetro” para determinar el verdadero grado de mapuchidad y así legitimar a algunos y deslegitimar a otros. No obstante, con estas posiciones encontradas, desde la sociedad civil también se crean afinidades para cada lado, es decir, los mapuche y los no mapuche se alinean apoyando alguna de las dos visiones.

Felipe Gutiérrez Ríos muestra que un estudio sobre las noticias publicadas en *El Austral* entre noviembre y diciembre de 2002 pudo evidenciar el modo en que se construye en la esfera pública el movimiento mapuche como conflicto. Es decir, el discurso que difunden los medios de comunicación comerciales deja de lado el carácter étnico y sociocultural de las reivindicaciones mapuche, y se centra en las acciones “violentistas” que lleva a cabo el movimiento autonomista, para estigmatizarlos o catalogarlos como enemigos de la sociedad chilena. En suma, “en el marco del conflicto como relato, se advierte un claro posicionamiento del hablante en el discurso [medios de comunicación y gobierno], en el sentido de ubicarse *contra el conflicto y los conflictivos*”.³⁶

Este “montaje comunicacional” y la estigmatización han impactado en la sociedad chilena. Durante nuestra estancia en *Wallmapu*, no pocas personas en las calles de Temuco o de Santiago,

³⁶ *We Aukin Zugu. Historia de los medios de comunicación mapuche*, Santiago de Chile, Quimantú, 2014, p. 33.

comentan que los mapuche son “violentistas”, “sectarios”, “fundamentalistas”, “separatistas” o “terroristas”, entre otros. En nuestro paso por el territorio mapuche, personas con las que coincidíamos siempre nos advertían de la “peligrosidad” de los mapuche, de su “intolerancia”, de su “violentismo”. Nos sugerían no tener contacto con ellos. Por ejemplo, mientras almorzábamos en un restaurante en Temuco, por medio de la televisión abierta nos enteramos que Felipe Durán había sido detenido: era un “apologista de la violencia” (violentista); eso fue lo que escuchamos.

Él es un fotógrafo que ha evidenciado la violencia del Estado en contra del movimiento y comunidades mapuche. Quienes ahí se encontraban comentaban que esa detención había sido un “gran golpe del Estado hacia los violentistas”. El discurso de la televisión abonaba a sus percepciones. Para ellos, hay que combatir “la violencia” que atenta contra los chilenos, por lo que los mapuche deben ser “corregidos” o “sacados del territorio”, ¡su territorio ancestral!

LA ESPERANZA

La complejidad de la transición a la democracia, la maduración ideológica al interior de los mapuche politizados y movilizados, y un contexto latinoamericano enmarcado en la reemergencia indígena, crearon un entorno ideal para que los planteamientos más radicales del movimiento autonomista fueran recibidos positivamente. Personas con muy distintas posiciones, intereses e ideologías manifiestan simpatías hacia los mapuche. No obstante, las acciones de recuperación y control territorial, con base en la ocupación productiva, modificaron la forma de relacionarse y actuar de las comunidades y provocó la preocupación de los grupos de poder. Estas nuevas formas de movilización indígena necesitan ser difundidas de forma más masiva, con el fin de buscar resonancia y apoyo en otros sectores de la sociedad, e incidir en la forma en que los medios de comunicación comerciales tratan el tema.

Se ha hecho un trabajo arduo desde organizaciones y colectivos mapuche para cambiar este manejo mediático o, por lo menos, se puedan contrarrestar las campañas estigmatizadoras. Y, aunque aún falta, ya existen algunos resultados. Por ejemplo, un policía confiesa: “Yo nunca tuve ni tengo ningún drama con los mapuche. Si no fuera policía, creo, estaría con ellos incluso. La gente dice que son flojos, pero yo nunca he conocido a uno así. Creo que tienen derecho a ser como quieran”.³⁷

No es casual que una solidaridad urbana y rural se esté manifestando. Lo que parece nuevo es que lo haga más pública, constante y masivamente. El movimiento es aceptado por una parte significativa de la sociedad chilena. Varios personajes se han solidarizado con la causa, como Saavedra, quien expone:

Por mi parte quiero partir diciendo [...] que estoy con los mapuche, especialmente con los mapuche movilizados. Estoy con ellos, como con cualquier pueblo, o sector del pueblo, que lucha por sus derechos a una vida menos injusta y más humana [...] Estoy convencido de que nos necesitamos mutuamente, y a muchos otros, para cambiar esta sociedad y hacer juntos una nueva historia.³⁸

Y si bien, como me confesó Tito Tricot en una conversación que sostuvimos en enero de 2016: “los niveles de solidaridad de parte del pueblo chileno no son los que uno quisiera para con la lucha del pueblo mapuche”, las posiciones más significativas respecto a la cuestión se expresan en acciones colectivas.

Para Pedro Cayuqueo, periodista mapuche, las acciones radicales del movimiento y la ineficacia, el desaire, pero sobre todo la

³⁷ Testimonio de un agente encubierto en la zona de conflicto entregado por un policía en Santiago, a fines de 2014, a condición de reserva de su identidad. Citado en Ana Rodríguez y Pablo Vergara, *La frontera. Crónica de la Araucanía rebelde*, Santiago de Chile, Catalonia, 2015, p. 216.

³⁸ Alejandro Saavedra Peláez, *Los mapuche en la sociedad chilena actual*, Santiago de Chile, LOM/Universidad Austral de Chile, 2002, p. 6.

estigmatización y represión del Estado chileno, podrían crear una división social amplia y profunda en *Wallmapu* y en Chile. Esto tendría el potencial de provocar “un conflicto racial y de proporciones insospechadas”, el cual “se incubaba pacientemente en la ribera sur del Bío Bío. El racismo de unos y el resentimiento de otros constituyen el combustible perfecto”.³⁹

En este sentido, algunas organizaciones mapuche han visto la necesidad de conseguir vínculos basados en el diálogo inter y pluricultural. Sin embargo, si sectores *winkas* no quieren reconocer a los indígenas, si sólo quieren verlos como campesinos pobres u obreros urbanos, seguramente no se van a encontrar con los mapuche. Como dice Jaime Valdivieso: “si los chilenos carecemos de una identidad que nos conecte orgullosamente con el pasado es precisamente porque no queremos reconocer: la herencia mapuche, raza a la cual hemos despreciado y tratado de eliminar”.⁴⁰

En la actualidad, los conflictos se manejan de modo distinto debido a la capacidad de difusión, persuasión e influencia que tienen los medios de comunicación comerciales. En este sentido, las acciones de violencia política de una parte del movimiento mapuche autonomista, posibilitó que se les considere “violentistas” y se les criminalice. Pero la sociedad chilena debe reconocer que a su lado existen sujetos que pertenecen a un colectivo identitario que no es su enemigo, que esta caracterización ha sido creada simbólicamente por el Estado en alianza con el capital. Empero, ellos no abandonarán su concepción de libertad, de territorio, de comunidad y de nación mapuche. Cosas que, por cierto, no van a dejar de defender, es decir, su *Wallmapu*.

³⁹ Pedro Cayuqueo, “¿Por qué ya no hablan mapudungun en La Moneda?”, en *Ñuke Mapu*, 4 de agosto, 2011.

⁴⁰ Jaime Valdivieso B., *Identidad, latinoamericanismo y bicentenario*, Santiago de Chile, Universitaria, 2010, p. 41.